

Entonces empezó una nueva serie de sufrimientos, que terminaron la vida del ilustre deportado, sin que un solo momento flaquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situación, decía, es mucho más lamentable que la del escita Jeremias, porque al cabo comia carne y *frusta meri*. Aquí este género es contrabando.... Comemos muy mal: he gastado cuanto los amigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino: ya no me desayuno; y dentro de poco, si continúa tan fea situación, trataré de averiguar si puede el hombre *camaleonizarse*. Este mal ha engendrado otro no menos atroz, á saber: la desnudez. Así es que ando á sombra de noche, como el ladrón. Y no se crea que pondero; antes bien, á ley de presidiario, protesto que me quedo muy zaguero.» Ésta es la descripción prosáica y positiva de sus padecimientos; la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su íntimo amigo D. P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traducción: «.... No es fácil señalar un solo instante de placer en todo el día; faltan los mantenimientos del cuerpo, y la razón no encuentra ejercicio.... Las disparatadas balas nos silban al rededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en sí traen envuelta. Habita en ella gente española de la más criminal, y más bárbara que los mismos moros. Afabilidad cariñosa aquí no hay que buscarla; es terreno desamorado.... No asoma á él Vénus sino con semblante horrible, dura y despeluznada, con las greñas ensortijadas....», etc.

Pensando en su infortunio, y lamentando acaso más el de la España, compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin consejeros (1), muchas poesías latinas y no pocas castellanas. Pasan de ciento sesenta las que hemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Exceptuando algunos epigramas, en que de una manera chistosa y picante á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estilos pedantescos de los que llamaba *gramáticos*, las demás composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mención del presidio; pero sin entregarse á pueriles quejas, ni ménos á las feas adulaciones que denigran el nombre de Ovidio. Martínez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Álvarez Guerra y otros amigos son los personajes á quienes dirige sus odas.

Ménos numerosas, y acaso ménos notables, fueron las composiciones castellanas, lo cual puede atribuirse, no sólo á la satisfacción que sentía al superar las dificultades de la métrica latina, sino también á que en ese idioma podía dar más rienda á sus sentimientos, sin temer el espionaje de torpes carceleros. Se conservan varios romances, letrillas y cantatas, dos odas en la muerte del Duque de Fernandina, otra á sus compañeros, otras dos á Belinda, una epístola á Ovidio, en la que, dice, «dirigiéndole más de seiscientos versos sueltos, le zahiero sus hiposos lloriqueos, y su adulación arrastrada al *númen*, *Dios piadoso, justo*, que le deportó al Euxino Ponto....», y con mis desgracias pongo en parangón las tuyas (2); otras dos epístolas, una ópera original, sin título, y otra que lleva el de *Un casamiento*; y nueve diálogos, en que, ya censura vicios contemporáneos, ya elogia instituciones barridas por el viento de la reacción, en un estilo castizo y sabroso, y aún pudiera decirse *horaciano*. Hizo, además, una traducción de *La Isla deshabitada* de Metastasio, con dos prólogos y una loa, y varias apuntaciones sobre la gramática latina: se ignora el paradero de esto. El carácter de dichas obras, faltas de lima en lo general, varía mucho, y se resiente de las circunstancias poco propicias que rodeaban al poeta. Decía á este propósito:

Segun el argumento
Procede variándose mi estilo,
Como procede el mar segun el viento,
Una vez deslizándose tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

En Octubre de 1819 sucumbió, envuelto en miseria, y sin el consuelo de descansar en la tierra que tanto amaba (3).

(1) *Melilla scripsi, doctis neque fulctus amicis
Nec libris; gratum sit tibi, lector, opus.*

(2) Carta á un amigo.

(3) Los efectos que SANCHEZ BARBERO dejó al mo-

rir valian 390 reales. Consistían en prendas de ropa usada, y la mejor era una levita de paño azul, tasada en 160 rs. El documento que nos suministra esta noticia concluye así: «La suma que expresa la re-

Rasgueados los tristes acontecimientos de la vida de SANCHEZ BARBERO, nos parece oportuno decir algo acerca del mérito de sus obras, escogiendo entre los dos contrapuestos juicios que al empezar enunciamos, el que más ajustado á la razón parezca. Si hubiésemos de considerar solamente las autoridades de que emanan, no vacilaríamos en decírnos por la del autor del *Pelayo*, porque, tratándose de apreciar versos, nos parece su voto de más peso que el del señor Hermosilla. Inspira, en verdad, alguna desconfianza el crítico que por muestras de su talento versificador nos ha dejado la traducción de Homero, tan fiel y concienzuda como se quiera, pero no ménos prosáica é insoportable, que con su exagerada teoría sobre los pensamientos verdaderos y falsos ha puesto el corazón inaccesible á ciertas bellezas,—que en el *Arte de hablar en prosa y verso*, apenas se acuerda de nuestros grandes poetas más que para censurarlos,—y á cuyo oído, por fin, los romances españoles suenan como las coplas del *Santo Cristo de la Luz*, y de *Caballo mio carelo*.

La censura que al final del tomo segundo de su *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, hace de la oda en la muerte de la Duquesa de Alba, *composicion* (á su parecer) *tan disparatada en su clase, y tan soberanamente ridícula*, que desafía á que se presente otra igual, justifica la rigidez de las anteriores frases. Lo que si es muy ridículo, es la parodia que, con ínfulas de chistoso, hizo de aquella oda. Nada hay que no pueda disfrazarse burlescamente; parodiadas hemos visto las mejores escenas del *Otelo*, del *Cid* y del libro de *Job*; pero no se critica así con lealtad. Si no temiéramos pasar por maliciosos, habíamos de decir que en la animosidad con que trata á SANCHEZ y Cienfuegos, va envuelta no leve dosis de odio á los principios que sustentaban; el *panfilismo* (como llamaba á las ideas liberales) era, tal vez, lo que le dolía hallar en aquellos versos. Lunares tienen los de la oda á que vamos haciendo referencia; pero son manchas pequeñas, que no deslucen el conjunto. ¿Quién reconocerá la primera estrofa en la trasmutación que hace el señor Hermosilla? «Murió la Duquesa de Alba, y sus amigos la lloran.» Esto es prosa, y muy rastrera; pero como no es lo que escribió SANCHEZ BARBERO, no quita que sus versos sean buenos y las imágenes bellas. Ahorrando inútiles digresiones, nos contentaremos con citar la manera que tiene de referir la conclusión de la oda. «El niño (dice) queda enterado (del sermón de la Duquesa) y se retira; la tia le dice *adios*, calla, se vuelve á tender á la bartola, cae la losa del sepulcro, y dichas estas palabras, desaparecieron las visiones.» ¿Se parece esto á la siguiente estrofa?

El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y Silvas y Toledos animarse
Todos en él. Con paso reverente

Sale; y entonces ella,
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *adios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

Verdad es que también el crítico pierde la paciencia cuando el sucesor de la Duquesa salta del lecho,

Toca ignorante
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor, hélas abiertas.

«Pues ¿cómo (exclama) pudo á oscuras salir de su alcoba...., bajar la escalera, y salir á la calle á la media noche, sin que ni el ayo ni los criados le sintiesen? ¿Y quién le abrió la puerta de la calle? ¡Desventurada poesía, si hubieras tenido que seguirle alzando los picaportes y pidiendo las llaves al portero!.... Poco nos placen también *las visiones*, pero es cuando poetas de mal temple las emplean para embutir el vacío que deja su propia carencia de ideas y de sentimientos. El señor Hermosilla tiene un mérito innegable, y por eso es más de lamentar que no haya sido justo en sus juicios; por eso, y porque su *arte* es uno de los escogidos para ilustrar la juventud, hemos querido vindicar á SANCHEZ BARBERO de los durísimos golpes que le asesta.

lacion que antecede, firmada del capitán de la compañía de don FRANCISCO SANCHEZ BARBERO (q. D. g.), se invirtió en misas por su alma, aplicadas por don Juan de Campos Infantes, cura propio y vicario

interino de esta plaza, y por mí, el capellan auxiliar del real hospital de esta plaza de Melilla, á 6 de Noviembre de 1819.—FRAY PEDRO CABELLO.»

En nuestra opinion, es el que *sin quizá* ha compuesto en España mejores versos latinos; pero ¿no debe lamentar hasta cierto punto nuestra literatura esa misma afición que le arrastraba á casi preferir aquel idioma? Sin ella, las ciento sesenta composiciones latinas que escribió en el presidio serian otras tantas joyas de la musa castellana; agotó los asuntos más dignos en que su número hubiera campeado, y hasta sospechamos que, á causa de semejante preferencia, fué ménos esmerado en la correccion de los versos españoles.

En cuanto á éstos, no es arriesgado decir que, si no son de los *mejores*, son sí de los *buenos*. Por desgracia carecemos de los primeros trabajos del poeta; — de sus tragedias, de su poema, de las piezas sueltas que escribió cuando su genio medraba vigorosamente, cuando su vida era sosegada y su porvenir magnífico, cuando no le habia comprimido la mano de hierro de las persecuciones. El presidio es un mal Parnaso; el hambre y la desnudez son malas musas. Sin embargo, nos quedan para honrar su nombre las odas al combate de Trafalgar, la leida al abrirse la cátedra de Constitucion, y la tan agriamente censurada por el traductor de la *Iliada*. El *Saul* hace sentir más la pérdida de las tragedias; los versos son valientes, dulcissimas las arias, y los coros, especialmente el final del acto primero, llenos de animacion. Las dos óperas que compuso en Melilla son inferiores á ésta; los argumentos no tienen grande interes dramático, aunque no faltan situaciones y versos buenos. Su objeto fué desenvolver un pensamiento moral, ó más bien político; así, en la titulada *Un casamiento* amplifica la sentencia de Juvenal: *Nobilitas sola est atque unica virtus*. Hay allí una duquesa bastante infatuada con su antigua alcurnia, y empeñada en preferir para esposo de su hija á cierto noble sin méritos personales, en competencia con un militar ennoblecido por sus hechos. En el siguiente diálogo se halla comprendido el argumento:

— Á Trifon glorioso ampara
El fulgor de sus blasones.
— Á Guzman las sus acciones,
Que brillando están por sí.

— Si no cedas, fiel compara
Con la mía tu nobleza.
— Esa tuya por tí empieza.
— Esa tuya acaba en tí.

El asunto no está fuera del campo de la poesía, porque deber de ella es abarcar y difundir las grandes cuestiones que agitan á los pueblos. Sin eso no sería la expresion de sus hábitos, aprensiones, ideas y esperanzas; sería una poesía muerta, incapaz de interesar á los contemporáneos, porque al hombre sólo le interesa lo que hace vibrar las fibras de su corazón, lo que armoniza con las ideas que hierven en su mente; SANCHEZ BARBERO lo conoció así; y sus óperas no se resienten tanto de la naturaleza del argumento, como de la abstraccion con que lo trató, y que produjo cierta especie de languidez que no agrada en la escena.

Los *diálogos* son, como ya hemos dicho, muy dignos de aprecio. Lo que se observa en cuanto compuso durante aquella temporada es alguna falta de correccion, pues hay defectos que con la mayor facilidad hubiera hecho desaparecer.

Disculpa suficiente son las penas físicas y los quebrantos del alma. Dos son, de todos modos, las coronas que tiene derecho á reclamar SANCHEZ BARBERO: una como poeta; como mártir otra.

III.

DEL SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

En la muerte de la Duquesa de Alba.—(*Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*; 1803.)

No parece que el gusto se halla tan estragado entre nosotros, ni que hay tanta escasez de talentos como quieren persuadirlo algunos hombres descontentadizos. Tal vez la composicion presente hallará gracia á sus ojos, ya por lo interesante del objeto, ya por su noble y sencilla disposicion, sus bellos versos y su estilo fluido y animado; dotes que manifiestan en el autor un alumno de la buena escuela, y una de las esperanzas de nuestra poesía.

El poema presenta tres cuadros principales, en que se hallan juiciosamente distribuidos los

incidentes menores, los efectos y las sentencias. En el primero aparece la dama en el momento que espira, y sus amigos, que al rededor del lecho la llaman y gimen, la miran y se estremecen:

Cargada de tan ínclitos despojos,
Y el desmedido triunfo contemplando,
La muerte, en tanto, con serenos ojos,
En los cerrados párpados descansa
De su víctima hermosa;
Y fiera y orgullosa,
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus piés temblando.

Murió, murió; tan flébiles acentos
De labio en labio vagan,
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos.
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia, aligeros, difunden.

Más allá está toda la familia de la difunta, devorando su dolor en silencio ó exhalándole en ayes:

Yo tambien, ¡ay! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese,
Y mi único consuelo,
La lloro, por mi mal, arrebatada

En su más lleno día;
La lloro, y siento, al contemplar su muerte,
En la suya llorar tambien la mía.

Si estos versos no son los más brillantes de la composicion, son seguramente los más tiernos y en los que el autor se muestra más interesante. En ellos, no sólo satisface á su justo agradecimiento, sino que tambien se hace el eco de todos los desvalidos, á quienes aquella mujer singular amparaba sin cansarse; de todos los artistas, á quienes tan generosamente protegía; de todos sus amigos, que cada día recuerdan con lágrimas aquel carácter noble, delicado y bondadoso. Así es que esta composicion, no sólo es una buena obra de poesía, mas tambien una buena accion.

El segundo cuadro representa la ceremonia de conducir el cadáver al sepulcro, el efecto que hace la horrible alteracion de sus formas, y la leccion que mudamente da á los magnates que le contemplan; leccion que el poeta extiende en una declamacion elocuente.

En el tercero se pinta al sucesor, que, impelido de una inspiracion secreta, marcha á reconocer la tumba:

..... Del terror vencido,
Por volver hácia atras dos veces lucha,
Y dos veces á entrar es impelido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando;
La lóbrega mansion, las abultadas

Sombras, la augusta majestad, el ruido
De sus piés en las bóvedas sonando,
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los túmulos vagando,
Hielan su alma medrosa.

¡Qué poesía! El sepulcro se abre, la difunta se incorpora, y él, asombrado, se detiene:

Acércate, le dice, y se estremece;
Una voz cariñosa,
Otra voz imperiosa,
Acércate, le grita, y obedece.

La Duquesa entónces anuncia á su sucesor que la muerte destroza los títulos y los honores; que sólo respeta á la virtud, y que él debe seguir los ejemplos que le han dado sus ascendientes:

Imítalos, y adios.... El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y Silvas y Toledos animarse
Todos en él. Con paso reverente

Sale; y entónces ella,
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *adios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

La severidad de la crítica podría reparar tal vez en alguna expresion ménos noble, en el mal efecto que resulta á veces de encerrar el sentido en dos versos pareados y aislados, y en la unifor-

midad que se advierte en la prosopopeya y en la declamacion anterior. Pero á nuestros ojos estas ligeras faltas se hallan desvanecidas con las muchas bellezas que contiene la obra, y sólo nos queda el placer de haberla leído, y el deseo de que el autor siga empleando un talento tan feliz con gloria suya y de nuestra poesía.

IV.

DEL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.

Composiciones poéticas sobre el combate naval del día 21 de Octubre de 1805.—(*Memorial Literario*; 1806.)

Después de hacer el señor Carnerero un extracto analítico de las composiciones, dice así:
«Por lo que respecta al orden de los incidentes en las tres composiciones, el autor no ha seguido la verdad; pues en la primera describe la tempestad antes de trabarse el combate, siendo así que fué posterior; y aun el poeta, cuando tiene derecho para inventar los sucesos que trata de narrar, ó para añadirlos, dado que sean ciertos otros nuevos, no es, sin embargo, tan amplia esta licencia, que pueda trastornar tan considerablemente los puntos históricos, mucho ménos cuando no es absolutamente necesario para el objeto que se propuso. Parecenos tambien que interesaria más la descripción de la tempestad después de haber pintado la heroicidad de los marinos en la batalla; pues cuando el lector piensa que ya llegó el término de los desastres, halla que hasta los elementos se conjuran en la ruina de los sujetos que llaman su atención. Y esto mismo da un nuevo colorido al asunto, y le hace más interesante; de suerte que en este caso la realidad del hecho se presta á la sublimidad de la poesía. Esta razon nos parece la más poderosa para desaprobar el que el autor haya invertido el orden de los sucesos, cuando esto mismo perjudica á la belleza del cuadro que presenta á nuestros ojos. Lo mismo observariamos respecto de algunas otras proposiciones que se hallan esparcidas en las tres composiciones; pero no siendo tan dignas de consideracion como la que acabamos de indicar, juzgamos oportuno examinar otros puntos de más interes.

Así como es hermoso todo el pasaje que hallamos en la composicion segunda, que principia:

El náutico alarido
Se ensancha por el reino de Neptuno, etc.

hasta el otro párrafo, que comienza:

Héroes sublimes de la patria mia,

nos parece poco noble la descripción de la muerte de Nélon, perseguido por los manes de sus víctimas. En buen hora se denigren las perfidias del gabinete inglés, y se declame justamente contra su sistema destructor; pero no se insulte la memoria de un héroe, que cumple con la orden de su gobierno y que sabe morir lidiando. Tanto más innoble nos parece esta pintura, cuanto sería más brillante la gloria de los españoles, manifestando el heroísmo de Nélon, su furor en el combate, y su ardiente anhelo por destruir al enemigo. Cuantos más escollos tengan que vencer los iberos, tanto más espléndido es su honor. Esta descripción hubiera sido más propia y más digna de la poesía, que no la acriminacion de un general, que no es el móvil principal de los disturbios que agitan la Europa, y cuyo valor pasará á la posteridad, honrando el nombre español. Estas observaciones, que nos ocurrieron al leer las dos primeras composiciones, nos fueron tanto más sensibles, cuanto en ellas encontramos imágenes muy bellas y trozos de la más escogida poesía. Detengámonos ahora en la tercera, que es, sin disputa, la de más mérito y en la que más luce el entusiasmo del autor. Es muy sensible y patética la descripción de los resultados del combate; posteriormente, cuando el autor anuncia que, aun no saciados los britanos de mortandades, quieren renovar la infanda lucha, nos describe la aparición de Alcides. Examinando el motivo por que se aparece, es muy buena imagen.

Después de reprender á los ingleses sus iniquidades, para que vean el fruto de sus preten-

siones, manda al mar que se abra. Esta imagen es verdaderamente poética. ¿Qué modo más propio para pintar los resultados de las guerras marítimas, que descubrir en el seno del mar los deplorables restos de sus estragos? ¿Y qué maravillas no puede prestar al arte encantador de la poesía semejante espectáculo? El señor Sanchez hace una pintura bastante enérgica, y recorre rápidamente todos los objetos que en aquel punto se ofrecieron á la vista de los espectadores. Y en esta rapidez encontramos un artificio muy atinado. Seria ridiculo que el autor se detuviese en la descripción de los pormenores de cada objeto; la imaginacion corre en un momento todas las maravillas que excitan su curiosidad: otra Cádiz, la Atlántida, mil rios, monstruos sin fin, portentos, raras producciones, innumerables tesoros..... todo esto la ocupa y la conduce de curiosidad en curiosidad..... pero llega el momento en que la vista se fije en la sumergida armada y en los ínclitos guerreros devorados por los voracisimos peces..... Los espectadores no pueden sufrir tanto horror, y se retiran llorando y maldiciendo á los ingleses y á la guerra. Esta graduacion está hecha con bastante acierto y concluye felizmente. Únicamente notamos alguna baja en el modo de expresar la imagen consagrada á pintarnos á los guerreros comidos por los peces. Aun cuando su fin sea realmente éste, la poesía no debe presentar ideas tan poco halagüeñas y tan poco dignas de ella. Olvidese el poeta, en semejante ocasion, de la verdad del hecho, y válgase de los medios que le suministren la ficcion y el entusiasmo. Ofrezca imágenes más grandiosas, y después de haberle ocurrido la de abrirse el mar, que produce un efecto tan maravilloso, no decaiga del fuego que le animaba, y no amortigüe el enajenamiento del lector, haciéndole pasar del más soberbio espectáculo á otro tan débil y tan poco expresivo. El discurso último de Alcides, que ya hemos copiado anteriormente, es muy animado y dulce al mismo tiempo.

El nombre del autor, y el retardar la publicacion de sus composiciones hasta dejarlas ser las últimas, nos hizo esperar más; porque, ó callar, ó tratando de hacer una obra maestra, vistas ya las de Inarco Celenio y el señor Quintana, excederlas. Ni hay en éstas lo que debe entenderse por verdadera energia poética, ni aquella combinacion feliz y nueva, favorecida con el acierto de encerrar la mayor extension de ideas en la mayor precision de palabras, como en la sombra de Nélon; ni hay tampoco aquella marcha noble y nueva de la oda del señor Quintana. Los lugares comunes son frecuentes; y en efecto, hablar de Neptuno; decir que las madres se abrazan á sus hijos, y las esposas á sus maridos moribundos; hacer que se aparezcan espectros ó cosa que lo valga, etc., todo esto se ha dicho ya; y quien lloró tan dignamente la muerte de la Duquesa de Alba no debió repetir lo que ya estábamos cansados de oír. Se hallan tambien algunos rípios, que manifiestan trabajo en encontrar el sonsonete del consonante; y esto es tanto peor, cuanto el autor no tenía necesidad ninguna de buscarle, puesto que ha escrito en silva; se dejan ver tambien ciertas voces mal traídas, sin más adorno que el de una extremada rimbombancia en sus sonidos, y.....

Pero el fin es laudable: la hazaña que se canta grande y digna de mucho respeto, y basta para no seguir en estos ligeros reparos, tanto más, cuanto el señor Sanchez merece nuestra estimacion, y nosotros nos la merecemos á nosotros mismos, lo que basta á lo ménos para vivir satisfechos de que nadie nos hará la injusticia de no creer que nuestras reflexiones son hijas de la más recta imparcialidad (1).

(1) Este artículo dió motivo á una vigorosa controversia, sostenida, en cartas literarias, entre los señores don M. B. García Suelto y don José María de Carnerero, las cuales fueron publicadas en varios números del *Memorial Literario*. Aquél sólo veía

perfecciones en las obras poéticas de Sanchez Barbero; éste, más imparcial y más atinado, señalaba en ellas graves lunares. La posteridad ha confirmado la opinion de Carnerero. (*Nota del Colector.*)

V.

DEL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA CALATRAVA.

Carta á la señora doña María Manuela Prieto, sobre la muerte de SANCHEZ BARBERO (1).

Melilla, 10 de Noviembre de 1819.

Mi venerada amiga y señora: Me es muy sensible tener que dar á usted una noticia que no podrá ménos de causarle pesadumbre; pero no es culpa mia que admita usted en su amistad á desgraciados á quienes no ocurren más que males. SANCHEZ ha muerto casi repentinamente, el día 24 de Octubre último, y hay que añadir esta nueva víctima á tantas otras como van ya sacrificadas.

Hace algunos meses que se quejaba de una especie de ahogúo cuando andaba más de lo ordinario, y especialmente cuando subía alguna cuesta; pero con un corto descanso cesaba casi siempre su fatiga; y así él como el médico y los demás lo atribuíamos á su método de vida sedentaria, falta de ejercicio, pasiones de ánimo y efecto del clima. Fuera de una ocasion en que, por Junio, le atacó más fuertemente el mal, aunque cesó con remedios sencillos á muy pocas horas, no tuvo más que accesos momentáneos, sin hacer cama nunca y conservando siempre su humor y buen apetito, y la mayor regularidad en todas sus funciones; tanto, que engañados todos por estas apariencias, creíamos que muchas veces se quejaba de aprension, y solíamos zumbarle sobre esto. Así prosiguió hasta el día de su muerte.

El anterior 23 no se quejó, ni se notó en él novedad alguna. Hizo algunos versos aquella mañana, pasó el día con algunos amigos, y con ellos y conmigo cenó de muy buen humor y con mejor apetito. Durmió perfectamente; oyó misa á las ocho de la mañana siguiente, y al volverse festivo á su casa, subió una corta cuesta que media, sin sentir la incomodidad que otras veces, como lo advirtió él mismo á quien le acompañaba; pero á pocos pasos de haberla subido, le acometió la fatiga, y no cesando, aunque se sentó el paciente en la misma calle, se le subió á su habitacion en una silla. Llamado el médico, le recetó una bebida y un pediluvio caliente, y no dió importancia al mal; otros que le visitaron despues, tampoco se la dieron, y él mismo, contando con que su incomodidad pasaria pronto, no nos avisó ni hizo cama, y aun á cosa de las once permitió que el sirviente le dejase solo. Pero apenas lo habia quedado, sintió una fatiga más fuerte, bajó hasta el primer descanso de la escalera, donde hay otra habitacion, para pedir más agua caliente á fin de darse otro baño, y allí mismo se agravó en términos que no pudo entrar. Acuden al momento algunos conocidos; viene el médico, lo reconoce en la propia escalera, y poniendo mal gesto, le dice que es menester confesarse; cosa que sorprendió al enfermo. Subiósele en brazos de los circunstantes, y la fatiga fué creciendo cada vez más, con grandes conatos al vómito. SANCHEZ no podia parar ni sentado ni paseándose: no pudo tomar un caldo; ni podia tampoco confesarse, como lo dijo. En este estado se me avisó, y en seguida sucedió á aquellos

(1) Esta carta fué publicada en la *Revista de España, de Indias y del Extranjero* (1848), por nuestro ilustre amigo el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, con la siguiente nota biográfica:

«En 19 de Abril de 1847 ha fallecido en Madrid, á la edad de 68 años, la señora doña María Manuela Prieto, una de las cuatro que en el año 1820 presentaron al desgraciado don Rafael del Riego aquella corona cívica que tres años despues vino á trocarse en la del martirio. La amabilidad, el talento, la gallardía de rostro y ánimo, y singulares prendas de esta señora le granjearon, casi desde la infancia, el aprecio y cariño de cuantos la conocieron, distinguiéndose en el número de sus amigos personas muy notables en la carrera literaria y política. DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO, don José María Calatrava, don Tomas García Suelto, traductor de

El Cid, de Corneille, y don Teodoro de la Calle, traductor del *Otelo*, de Ducis, emigrados unos y en presidio otros, escribieron á esta señora cartas que dan muy alta idea de su carácter y virtudes. En una de ellas (la que aquí publicamos) le refiere Calatrava, con todas sus circunstancias, la muerte de SANCHEZ, ocurrida en Melilla.

Fueron padres de doña Manuela don Antonio Prieto, médico de fama en Madrid, y doña Benita Baupiller. Nació en Talavera de la Reina. Se refugió en Cádiz en el año de 1808, viéndose allí reducida á tener que lavar y planchar para ganarse el sustento. En circunstancias más felices amparó y socorrió mil veces á los liberales perseguidos. Fué ella tambien, viendo su casa allanada con frecuencia por el grave delito de favorecer á sus amigos políticos.»

conatos un vómito copiosísimo, que postró considerablemente sus fuerzas. Corro con aquella primera noticia, y le hallo con un semblante cadavérico, sentado en su cama, medio vestido y bañado en sudor, arrojando todavía, y diciendo que se ahogaba; quise animarle, y no me contestó sino que ya no habia remedio; pónensele unos sinapismos, y dice que ya no alcanzaban. Un eclesiástico amigo, que estaba allí, me advierte entónces que la muerte parecia muy próxima; hacemos salir á los circunstantes precipitadamente para si podia confesarse el enfermo; digole yo mismo que es menester aprovechar el momento, y diciéndoselo y repitiéndole el vómito, cae, se levanta, y vuelve á caer atravesado en la cama, sin poder ya más que decirme *adiós* con una voz casi inarticulada, y recibir la absolucion, apretando la mano al eclesiástico. No volvió á hacer movimiento ni á manifestar fatiga alguna. Al punto se le administró la Extrema-Unzion, y pocos momentos despues espiró, en la misma actitud en que habia caído, á las doce y cuarto de la mañana, poco más ó ménos. Algunos amigos que al recibir la primera noticia corrieron á visitarle, no vieron ya más que su cadáver.

En la mañana del 25 le hicimos las exequias y entierro más decentes que caben en esta plaza, con asistencia de los jefes y de todas las personas visibles de ella, y la oficialidad de la guarnicion. Todos nos han favorecido tanto en este caso, que los individuos de la parroquia y hermandades, que asistieron todas, han hecho el obsequio de no admitir derechos ni gratificacion alguna, á pesar de todas nuestras instancias.

Recogimos al punto los borradores que tenia, y se hizo inventario de sus ropas y cortos efectos, lo cual se ha vendido para sufragios, por disposicion de los jefes y del cura. Los borradores existen en nuestro poder: casi todos están bastante confusos; pero luégo que salgamos del correo, nos ocuparémos en irlos descifrando: los hay de poesias castellanas y latinas, y de adiciones ó reformas en la gramática que compuso ántes de su venida. Creo que esta gramática se halla en poder de las señoras de Prieto, á quienes escribo para que la conserven con todo cuidado, por si conviniere publicarla á su tiempo, con lo añadido aquí. Tambien les hablo de que hagan avisar, si tienen medio, al hermano único del difunto, que le oimos existía en Setúbal; porque me parece que á él es á quien corresponden los borradores originales. Si no se sabe de tal hermano, ó no se cree oportuno avisarle y aguardar su determinacion, deseamos proceder de acuerdo con los principales amigos de SANCHEZ acerca del destino que debemos dar á estos papeles, de los cuales no nos consideramos sino unos meros depositarios. Ruego á usted, pues, que se sirva decirme si merecen su aprobacion estas disposiciones, y comunicarme lo demás que le parezca oportuno. Si usted quiere, le enviaré ó reservaré copias de lo que vayamos sacando en limpio; bajo el concepto de que, por los antecedentes que tengo, valen poco casi todas las poesias castellanas. El autor mismo no estaba satisfecho sino de las latinas.

Deseo que haya usted descansado del largo viaje que acaba de hacer, segun he oido, y que pueda darme alguna buena noticia acerca de la situacion de nuestro Eug....., pues nunca puedo ménos de tomar un interes muy vivo en sus cuitas, por mil títulos. Consérvese usted buena, y tan feliz como apetezco, y disponga como puede de su afectísimo y cada vez más reconocido amigo, Q. B. S. P.

JOSÉ MARÍA CALATRAVA.

P. D. 28 de Diciembre. Escribí esta carta aguardando, de un día á otro, conductor que la llevase, y no lo ha habido hasta ahora. En el intermedio he reconocido todos los borradores de poesias, y ya tenemos en limpio las latinas. Me afirmo más y más en mi primer juicio, si me es lícito formarlas en la materia. Son pocas, á mi parecer, las castellanas que corresponden á lo que se podia esperar del autor, y hay algunas que le desfavorecen y que nunca deben ver la luz. Las mejores son dos odas y una cantata que usted ha visto, y algunas otras composiciones ligeras. Las latinas en la mayor parte son excelentes; pero hay muchas muy lúbricas, y algunas peligrosas en las circunstancias actuales. Espero, pues, las órdenes de usted, y que, en el caso de que quiera desde luégo algunas copias, tenga la bondad de decirme si debo aventurarlas por el correo, ó hacer que Paz las envíe por conducto más seguro. Entre lo castellano, hay tambien dos operetas originales; pero no me gustan leidas, y me parece que se las recibiria mal en el teatro.